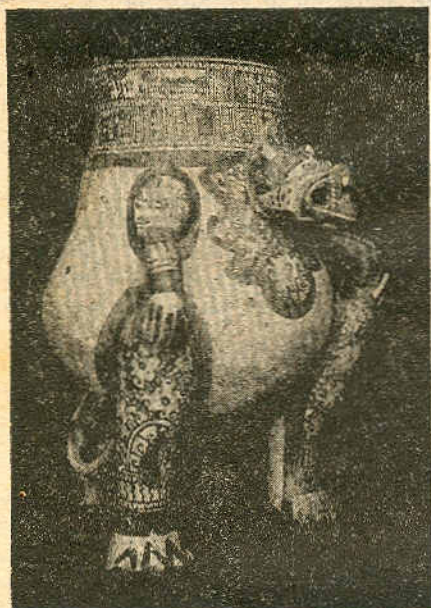


La cerámica de Chira

por Anastasio Alfaro

Hay al Norte del Cantón de Nicoya, en la vertiente del río Tempisque, un barrio que lleva el nombre de Chira y que se halla guardado en alto, con marco de colinas al fondo y descansando sobre un valle fértil, de vegetación admirable por sus bosques elevados, de follaje espeso, siempre verde. Rodeando esa joya artística de la Naturaleza están los barrios de San Antonio, San Lázaro, San Vicente y Santa Bárbara, notables todos en la provincia de Guanacaste por sus guacas indígenas, la excelencia de sus arcillas, la variedad de curioles que hay para pintar las vasijas de barro, y más que todo por haberse conservado allí los últimos rastros de la industria alfarera, tan notable entre los indios de Nicoya al tiempo de la conquista española.

En las Lagunillas de Santa Cruz, hay, además, una arcilla de color rojo, de gran plasticidad, que mezclada con arenas finas, sirve igualmente para la fabricación de cántaros y otras vasijas de barro; pero las tierras que usan en el barrio de Chira son de color gris verdoso y otras de un negro pizarreño, procedentes de la descomposición de las rocas circunvecinas, que la erosión pluvial acarrea sobre el valle. Las arcillas que arrastran las aguas del río Tempisque y que deja depositadas en sus márgenes, son igualmente plásticas y podrían usarse también en la alfarería, mezclándolas con arena fina, que tanto abunda en aquellos lugares, conocida con el nombre de tierra de iguana, por ser esos reptiles los que se encargan de mostrar tales depósitos, al hacer la excavación de sus cuevas subterráneas. Son, pues, unos y otros materiales transportados por las aguas de lluvia sobre las hondonadas, donde se forman, con el trascurso de los años, depósitos de arcilla y bancos de arena, separados unos de otros, a veces, por algunos kilómetros de distancia. Tal abundancia de materiales y la influencia cultural de



Cerámica de San Lázaro

Obsequio del Presbítero don José María Velasco

los indígenas del Norte hicieron de la península de Nicoya un centro notable por su industria alfarera, que figura en primera línea, aún comparándola con la de los Imperios de México y del Perú en su mayor apogeo.

La pasta preparada de una de estas arcillas, tiene un peso específico de 1,77 y su reducción en volumen, al secarse, es de 30 por ciento, poco más o menos, según el estado de dureza que se le dé para trabajarla; quemada al rojo toma un bonito color de salmón, y las vasijas que con ella se fabrican son fuertes y duraderas.

El historiador Gonzalo Fernández de Oviedo, al hablar de las parciali-

dades de Nicoya, dice: «En aquella de Chira se hace muy hermosa loza de platos y escudillas, e cántaros e jarros, e otras vasijas, muy bien labradas, e tan negras como un fino terciopelo negro, e con un lustre de muy pulido azabache; e yo truje algunas piezas de esa loza hasta esta ciudad de Santo Domingo de la isla Española, que se podían dar a un príncipe por su lindeza; e del talle e forma que se les pide o se las manda hacer a los indios así las hacen».

En otra parte Oviedo se refiere concretamente a la isla de Chira; pero el hecho de no haberse encontrado guacas en aquella isla y el olvido total de esta industria por sus habitantes actuales, nos hacen pensar en una posible confusión, o en que los pobladores isleños fuesen concentrados al valle peninsular de que nos ocupamos.

Los actuales pobladores del barrio de Chira fabrican los cántaros y demás vasijas de barro, sin torno alguno, mostrando tal práctica y precisión en los contornos de sus manufacturas, que ponen de manifiesto la herencia indiscutible de los diestros alfareros precolumbinos a que Oviedo se refiere. Sin embargo, los actuales alfareros han olvidado las formas artísticas y el precioso decorado con que sus antecesores levantaron un arte admirable; la inmensa variedad de formas, tamaños y objetos diversos elaborados por los chortegas ha pasado a la historia arqueológica de aquella región, cuando pudiera ser una industria lucrativa actualmente: las arcillas se recogen y se trabajan en seguida, sin dejar podrir las pastas el tiempo necesario, y con frecuencia fragmentos de roca entran en sus manufacturas produciendo los naturales defectos al quemarse. Los antiguos colores: blanco, celeste, amarillo, rojo y negro, están hoy reducidos a los dos últimos, sobrepuesto el negro en dibujos de poco atractivo, sin relieves ni otros adornos de que los indios hacían una aplicación encantadora.

En el interior del país los fabricantes de tinajas son menos afortunados todavía. Sin dibujos, de pasta ordinaria y porosa, quebradizas y faltas de gracia, las vasijas que salen al mercado alcanzan un precio reducido. Por otro lado, acostumbrados los costarricenses a vivir de la importación en todos los ramos, sin exceptuar siquiera los productos agrícolas, las personas que han tratado de implantar la industria alfarera en la meseta central, han fracasado en tres tentativas, contando [aún con obreros expertos venidos al país con ese propósito; y no porque los trabajos ejecutados sean malos, pues tenemos a la vista algunas vasijas hechas por obreros españoles y salvadoreños, recientemente, que son preciosas en todos conceptos. Debido a nuestra escasa población, la fábrica en grande sería un fracaso; pero la educación industrial, a domicilio, en los barrios productores de cerámica tiene que ser forzosamente provechosa.

En los pueblos del Guanacaste, antes citados, se fabrican las lozas dentro de las habitaciones, por las mujeres de la casa, en medio de todas las incomodidades de la familia y los animales domésticos; se secan en pisos de tierra y finalmente se calientan al sol, para meterlas al horno corriente de



Cerámica de Santa Bárbara

Sobre el fondo blanco se presenta el escudo, tallado en colores, celeste, gris, negro y salmón

asar bizcocho, donde se cuecen entre tizones y brasas, hasta poner las arcillas al rojo. Si a pesar de tantos inconvenientes se conserva la industria y con ella se llenan las necesidades del pueblo, es natural pensar que cualquier impulso que se le dé redundará en benéficos resultados. Poco importa que volvamos al tiempo en que se usaron las ollas y escudillas de barro, si este

esfuerzo y necesidad social vienen a ser el origen de una nueva industria, y a revelarnos más tarde que tenemos en el país yacimientos de Kaolín que pueden suministrar el material para una o varias fábricas de porcelana.

El trabajo de las arcillas parece marcar un florecimiento en las sociedades humanas en todos los tiempos, y con el hombre viajan las fábricas de loza de oriente a poniente, mostrando el grado de cultura a que llegaron los pueblos antiguos y el estado en que se hallan las agrupaciones modernas. Desde el punto de vista artístico, según la Biblia, Dios formó el hombre de barro, a su imagen y semejanza, y desde entonces las grandes creaciones escultóricas han tenido por origen una pelota de arcilla.

No falta, entre nosotros, quienes piensen que las ciencias nada aportan al progreso de los pueblos, olvidándose de que todo lo que somos se lo debemos

al descubrimiento de América, y a la siembra del café y bananos, y que fueron hombres salidos de las universidades quienes nos hicieron tales bienes; los trabajadores ordinarios son ruedas de la máquina social, que no entrarían en movimiento provechoso sin el impulso generador que las ciencias les imprimen. Mas para el objeto que ahora nos proponemos no precisa saber si las arcillas contienen silicato hidratado de alúmina, ni si el curiol negro es simplemente un óxido de hierro, o nódulos de manganeso, ni si tenemos a las orillas de San José tierra roja de la que se usa para hacer pintura, o el cerro del Tablazo guarda en sus alturas un magnífico depósito de Kaolín verdadero; sabemos que hay en Costa Rica arcillas de primera clase y eso es bastante.

Para la industria de cerámica no se necesita grandes capitales ni muchos operarios, un pequeño impulso establecería una fuente nueva de riqueza nacional, con materiales propios y más que todo con un muestrario numeroso en la galería del Museo de antigüedades, para resucitar una fuente de trabajo, con caracteres típicos, que el mutismo de los años dejó sepultada desde principios del período colonial. La ley evolutiva de esta industria nos llevaría a la transformación de los contornos y ornamentos, de acuerdo con las necesidades y cultura de nuestros días. La absorción del capital podrá adueñarse de los terrenos feraces, acaparar los ingenios y manejar las industrias mecánicas, pero la habilidad de los obreros expertos siempre tendrá alta retribución.



Vaso de la Salamandra

Nº. 3022 de la Colección Matarrita.-Museo Nacional